
■ PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ Defensa del olimpismo

■ Burocracia y corrupción

La parvedad de la cosecha de medallas en los juegos olímpicos de Barcelona ha hecho llover sobre los atletas que integraron la delegación mexicana una tempestad de denuestos. En el mejor de los casos, se les utiliza como pretexto para la autodenigración que tenemos a flor de labio. Creo que la furia, despecho, incomodidad que expresamos ha equivocado el blanco. ■ 4

En primer término, cabe recordar que el espíritu olímpico previene que lo importante no es ganar sino competir. No se trata de una fórmula conformista improvisada a última hora para justificar derrotas. En los juegos hay eventos en que participan decenas de competidores. Sólo tres tienen posibilidad de ascender al podio de los vencedores. Todos los demás no pueden ser considerados como carne de fracaso. La derrota es una circunstancia tan fortuita como el triunfo. Claro que el esfuerzo, la preparación, el denuedo, la firme voluntad de salir adelante hacen su papel, pero circunstancias fuera de control pueden hacer que los mejores fracasen. No es ingenuo, todavía, proclamar que la emulación lleva en sí misma su propia recompensa. Un esfuerzo limpiamente cumplido lleva integrado su propio premio. Por lo demás, cada uno de los participantes ha recorrido previamente el camino que les per-

mitió ser seleccionados para asistir a los juegos. Si se trata de caer en el garlito de suponer que sólo es meritoria la victoria, he allí a triunfadores que no pudieron serlo permanentemente. En los deportes, como en los toros y en el amor, hay buenas y malas tardes.

Cabe recapacitar en la gravedad del *triumfismo* (distinto del triunfalismo) del culto al *winner*, y su corolario, el desdén por el perdedor. Es seguro que una buena porción de los males que aquejan a las sociedades modernas derivan del endiosamiento de quien triunfa. Una sumaria revisión de las biografías de jefes del narcotráfico internacional, por ejemplo, revela el contraste entre ambientes pobres y ambiciones incontroladas de sobresalir, de ser triunfadores. Y a fe mía que consiguen su propósito, porque los empuja el poderoso motor que derriba todo obstáculo, es decir todo escrúpulo.

Padecemos un risible etnocentrismo. Nos duele el ridículo que, decimos, hicieron en la capital catalana nuestros atle-

tas. Como si las miradas del mundo entero estuvieran fijadas en el desempeño de los mexicanos. La frustración del afán de victoria de nuestros equiperos no fue mayor que la de países de semejante estructura política, análogo nivel de desarrollo y similar ubicación geográfica.

Brasil obtuvo sólo dos medallas de oro, Colombia y Argentina quedaron por debajo de México en la lista de los poseedores de galardones. Venezuela ni siquiera figuró en ese elenco. Sólo la estrella de Cuba brilló en ese firmamento. Dicho sea de paso: ¡qué formidable lección de bravura, de dignidad, de prestancia humana y deportiva dieron los cubanos! No lo hicieron por aparecer repetidamente entre los triunfadores, sino porque la terrible situación que padecen no los abate. Ganaron nuevo prestigio para un régimen hostilizado en todas partes, recientemente en el propio suelo español donde la difamación contra la realidad cubana quedó claramente desmentida. Ninguno de los miembros de la

delegación cubana desertó, hecho que es debido subrayar ante el escándalo armado en torno de la defección de un técnico de la televisión durante la Cumbre Iberoamericana de Madrid en julio pasado.

Otra cosa es examinar el rendimiento de inversiones públicas, el desempeño de las oficinas gubernamentales relacionadas con el deporte. Esa es una función que los ciudadanos tienen que realizar, como han de hacerlo con todo el trabajo de la administración pública. Especialmente donde se mezclan la demagogia de presentar eventuales buenos resultados como fruto del presidencialismo galopante, con burocratismo y corrupción (que es comprobable en no pocas de las federaciones deportivas), es donde el escrutinio público debe detenerse. Si hubo un fracaso, si hubo unos responsables, esos no estuvieron en las pistas, canchas, campos, gimnasios, albercas, calles y caminos. El fracaso y sus responsables se encuentran en los escritorios.